

ESCENAS DE UNA VIDA MODERNA

Sarlo, Beatriz. *No entender. Memorias de una intelectual.*

Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2025, 207 pp.



Roberto Velázquez Rossi

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras

velazquezrossir@gmail.com

ORCID: 0009-0007-9504-6843.

En diciembre de 2024, Beatriz Sarlo, una de las intelectuales argentinas más influyentes de las últimas décadas, falleció en la ciudad de Buenos Aires. Formó a una generación de críticos y académicos, defendió con firmeza un canon propio —el célebre canon Sarlo— y convirtió sus textos en lectura obligatoria para quienes se formaron en Letras después del retorno democrático. En el verano de 2025 se publicó *No entender*, libro póstumo de memorias en el que Sarlo adopta la primera persona y selecciona diversos episodios de su vida para analizarlos retrospectivamente y extraer —o no— conclusiones sobre su trayectoria.

Profunda conocedora de la literatura argentina —quizá la más destacada de los últimos cuarenta años—, Sarlo se posiciona desde la “Introducción” con guiños a Sarmiento o, mejor dicho, a las múltiples lecturas críticas sobre las citas incorrectas del sanjuanino: “Vivo anclada entre libros que ya no leo sino que releo, en busca de una cita que creo recordar y que, muchas veces, recuerdo mal” (p. 13). Sarlo sabe que la tradición autobiográfica argentina nace de la respuesta a los ataques de los adversarios —pensemos en *Mi defensa* o *Recuerdos de provincia*— y, por eso, menciona desde el inicio a sus detractores, que la han acusado de improvisación o de equivocarse en cuestiones políticas. No obstante, también se aparta de esa tradición: decide no ocuparse de ellos en su último libro y los remite al vasto archivo de lo que ha escrito, a la vez que asume su responsabilidad por los malentendidos suscitados por su figura pública. En la autocritica y en el gesto de reconocer errores, Sarlo encuentra asimismo un modo de restar entidad a sus contrincantes: “Las equivocaciones pueden resultar tan interesantes como los aciertos. O más” (p. 18).

Por eso, Sarlo considera más interesante redirigir el origen de las críticas e indagar en el círculo de su familia y de sus primeras maestras, quienes advirtieron tempranamente la soberbia de la niña y su tendencia a la oposición espontánea. Así evoca a la adolescente a quien le espetaban: “Hay que bajarle el copete poniéndola a lavar pisos” (p. 38). En la tradición de la autobiografía hispanoamericana analizada por Sylvia Molloy (2001), el capítulo abunda en escenas de lectura infantil que prefiguran a la gran crítica literaria argentina. Sin embargo, resulta más reveladora la escena de iniciación en la escritura: aquello que Alejandra Laera (2005) ha denominado la escena de escritura inicial ausente en *Recuerdos de provincia* sí se narra en *No entender*. A los once años, Sarlo escribe un ensayo sobre la muerte de Eva Perón para un concurso infantil y obtiene una mención de honor. En el episodio se combinan dos actos: la escritura inicial, que la propia Sarlo concibe como su primer plagio —un gesto nada sorprendente en una intelectual que estudió y valoró las vanguardias estéticas del siglo XX—, y el reconocimiento de la autoría por parte del Ministerio de Educación durante el gobierno peronista. Ese reconocimiento, sin embargo, no está exento de conflictos debido al antiperonismo de buena parte de su familia, en especial de su padre.

En el capítulo siguiente, “Mi padre...”, Sarlo profundiza en la figura paterna y en la de otros familiares. Esta sección puede leerse como el retrato de cierta franja de la clase media porteña de mediados del siglo XX. Allí examina el deseo familiar de brindarle la mejor educación posible: la envían a un colegio bilingüe y contratan, además, a una profesora particular de francés. Sarlo sintetiza esa confianza familiar: “Confiaban en que la educación cambiaba todas las inclinaciones” (p. 77). Luego reflexiona sobre los límites de ese gesto voluntarista: los de clase, visibles en los roces incómodos con compañeras de familias adineradas y en la imposibilidad de pagar el abono del Teatro Colón; y los de género, perceptibles en la insistencia familiar en que respetara los gustos y patrones de conducta considerados femeninos en la época. Sarlo se aleja de esos mandatos para comenzar a construir su incipiente canon adolescente. Rechaza en particular las tradiciones paternas, aunque adora a su padre, y toma distancia tanto de su herencia cultural y literaria como de su cosmovisión ideológica. En este retrato tampoco faltan las tías solteras que enseñan a cocinar ni los tíos peronistas que inician a la joven en una temprana conciencia política.

El tercer capítulo, homónimo del libro, constituye su núcleo filosófico. Allí Sarlo defiende el esfuerzo que exige comprender el hecho estético y

reivindica la experiencia de no comprender de inmediato: esa dificultad inicial para ingresar en los grandes textos y las grandes obras, aun cuando la exploración de sus posibles significados depare un camino sinuoso e incluso infructuoso, siempre resulta valiosa. Sarlo sentencia: “Si no se entiende, no vale la pena” (p. 112). Al mismo tiempo, ofrece un recorrido por los libros que comenzaron a forjar su gusto y su conciencia crítica desde la adolescencia, desde el *Quijote* hasta *El capital*. Si en este capítulo se concentra en sus impresiones íntimas ante el contacto con esas obras —¿qué sensaciones experimentó al atravesarlas?—, en el siguiente se detiene en las personas que la ayudaron a desandar ese no entender: profesores, colegas y amigos. Este desfile de nombres permite reconstruir una zona del panorama intelectual argentino desde fines de la década de 1950 hasta bien entrada la década de 1980. Sarlo también expone la dimensión humana —y narrativa— de su currículum: desde la alumna indolente de Filosofía y Letras, aburrida por los autores incluidos en los programas de las materias, pasando por su trabajo en Eudeba y el Centro Editor de América Latina, hasta su incursión en el periodismo masivo en *Viva*, la revista dominical de *Clarín*.

Sarlo no solo reflexiona en sus memorias sobre quienes la ayudaron a convertirse en la intelectual que fue, sino que también explora, en el último capítulo, otra faceta: la de las cosas. Los objetos —como las postales de viaje— le sirven para ensayar, hasta último momento, una sociología de la vida cotidiana de mediados del siglo XX y para observar su propia trayectoria bajo un nuevo prisma: aquellos objetos anticipaban lo que llegaría a ser. Las maquetas que armaba su prima mayor, estudiante de arquitectura, junto con los libros de historia, anticipaban el futuro interés de Sarlo por el trabajo interdisciplinario: “A los 14 años ya era evidente que no tenía pasta de especialista” (p. 173). Del mismo modo, la casa inusual —sencilla para el barrio de Belgrano— que su tía mandó construir para que Sarlo viviera con sus padres anticipaba su gusto por lo moderno: “Yo debía ser moderna o reventar” (p. 183). La frase prefigura la mirada de la crítica moderna que señalaría tanto los límites del liberalismo clásico como las deficiencias de la posmodernidad. ¿No podríamos extender este ejercicio premonitorio y aplicarlo a otro objeto: su tesis de licenciatura de 1966, dedicada curiosamente a Juan María Gutiérrez, el primer crítico literario argentino?

Desde el inicio, *No entender* propone una contradicción: “No es libro de recuerdos. Es un libro de recuerdos” (p. 12). Sin embargo, el volumen resulta coherente en esa contradicción. Al terminarlo, advertimos una paradoja fundamental: la intelectual que nos ayudó a comprender aspectos clave de

la cultura argentina —desde la alta literatura hasta los folletines sentimentales—, que dirigió una revista de culto y publicó semanalmente en la prensa masiva, nos invita a asumir el no entender como motor de conocimiento. En un pasaje, afirma que la Argentina obsesionaba a su amigo Halperín Donghi. ¿No piensa también en sí misma?

Sus memorias no ocultan las contradicciones de la protagonista: la intelectual cosmopolita que no puede vivir fuera de Buenos Aires por más de unos meses; la apasionada por la política que no termina de encajar en ningún partido; la mejor lectora de Borges, que no asistió a sus clases en la facultad; la tilinga de clase media, pero “snob como Victoria Ocampo sin haber ido más lejos que Deán Funes” (p. 182). Ocampo aparece mencionada varias veces a lo largo del texto. ¿No fue Sarlo nuestra Victoria Ocampo de izquierda y de clase media? ¿No recogió su legado, aunque con una impronta propia o, mejor dicho, con otro marco teórico —y económico—? En este sentido, sus memorias resultan de interés para la historia de las ideas nacionales porque configuran el escenario y la trayectoria del modelo de intelectual argentino que se consolidó definitivamente en la década de 1980, cuando otro modelo, aristocratizante y liberal clásico, entraba en su ocaso: el declive de *Sur* y el ascenso de *Punto de Vista*.

Por otra parte, si Sarlo se describe como soberbia en su juventud, hacia el final de su vida propone un acto de humildad: aceptar el no entender para iniciar un camino trabajoso hacia algo posible. ¿Acaso este pensamiento no va a contramano de nuestro tiempo, en el que todo debe consumirse con rapidez —*fast food, fast fashion, fast thinking*—? ¿Acaso el no entender no nos brinda un atisbo de esperanza de cara al futuro y una pausa en medio del voraz siglo XXI? Por eso, *No entender* es un libro a contratiempo y opositor, como lo fue siempre su autora; además, es entrañable. Hay una enseñanza del linaje paterno —más allá de las diferencias estéticas y políticas entre padre e hija— que Sarlo aplica a la literatura, al arte y a la vida: “De la sustancia paterna, conservo la apología del optimismo: siempre hay que mirar para arriba y para adelante” (p. 88).

Referencias

- Laera, A. (2005). Lo que Sarmiento nunca escribió: la escena ausente de *Recuerdos de provincia*. *Signos Literarios*, 1(2), 91–102.
- Molloy, S. (2001). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.